

Editorial Num. 36 (1)

Consciencia y conciencia para la agenda 2023 del trabajo social

Maribel Martín-Estalayo

Cuando acaba un año y empieza el siguiente, además de cambiar de agenda –gran símbolo hiper productivo de nuestro tiempo–, quien más o quien menos dedica un rato a revisar y hacer balance de lo vivido, se pasea mental y afectivamente por los objetivos logrados, los deseos no cumplidos, las intenciones que precisan de nuevos matices o, tal vez, de un giro de 360 grados para el año venidero. Darse cuenta de una misma y de la realidad que te rodea es una actitud, además de un ejercicio de honestidad que permite dar algún sentido a las acciones que acometemos. Sobre esto, Rafael Cadenas –premio Cervantes de literatura de este año– decía en una de sus entrevistas: “más que rebelde, trato de ser consciente porque la consciencia está por encima del pensamiento».

Y es que efectivamente, la consciencia y la conciencia son algo más que el propio acto de pensar, aunque en ocasiones se confundan o se usen indistintamente por su referencia al pensamiento y su dependencia mutua. Porque no hay conciencia sin consciencia y ninguna de ellas existe sin conocimiento. Sin querer entrar en grandes divagaciones, la diferencia básica estriba en que la consciencia refiere a la capacidad del ser humano de percibir la realidad y reconocerse en ella, y la conciencia, además, posibilita un análisis moral y responsable de esa realidad personal situada. Quién sabe si todos estos procesos cognoscitivos, además, puedan derivar en actitud crítica o rebelde... Pero lo que sí está claro es que no es posible la crítica sin conocimiento y sin principios. Y, dicho sea de paso, cualquier profesión al servicio del bien común es tal porque se valora su conocimiento, tanto teórico como práctico, y su ética expresada en un código deontológico, en unos valores y en una cultura profesional. Si esto es así, toda perspectiva en trabajo social ha de nutrirse y desarrollarse a partir de la consciencia profesional y en conciencia con la realidad circundante. Ignorar esta premisa, abandonarla poco a poco o sustituirla por otros requerimientos o intereses propios o ajenos, convertirían al trabajo social en otra cosa que poco o nada tenga que ver con su entidad profesional.

Más sería ingenuo creer que tales ejercicios mentales y éticos que contribuyen al sentido y rumbo de cualquier profesión, son tarea fácil en medio de un capitalismo neoliberal compuesto por: urgencias, demandas incesantes, diversas y contrarias, exigencias productivas y mercantiles, innovaciones con sus grandes ovaciones –a veces acrílicas–, enfoques interesados de rentabilidad, eficiencia o eficacia, y una amalgama de estímulos que no permiten ver o atender nada más allá que el aquí y el ahora –incluso, sin la debida atención–. Por tanto, pasearse, vagar o detenerse por encima del propio pensamiento en un sistema social más interesado en la desmemoria, la confusión y la inmediatez, es un acto, cuanto menos, contra hegemónico en los tiempos que corren. O, planteado de otra forma quizás más provocadora, “caminar sin rumbo se ha convertido en un acto político, en una reivindicación de nuestra libertad y en una reclamación de nuestro espacio de independencia y autonomía” (González Serrano, 2022).

¿Te imaginas si en la agenda 2023 dejáramos grandes huecos en blanco para pasearnos y hacernos más conscientes de la realidad que nos rodea y así poder tomar conciencia de nuestras posiciones y acciones respectivas? Sería algo así como hacer trabajo social con nosotras mismas y tomarle el pulso a las relaciones humanas que establecemos, a las organizaciones, grupos o comunidades en las que participamos, y cómo todo eso ensambla con la sociedad en la que transcurren la vida cotidiana y los proyectos vitales. Y, tras el análisis, accionar el propósito y los cambios o las adaptaciones necesarias para sintonizar con una vida más o menos deseable y satisfactoria.

¿Te imaginas si, además, en la agenda 2023 hubiera espacio y ganas para convocar encuentros formales e informales con *los otros* –compañeras de profesión, de profesiones afines, ciudadanía para la que trabajamos y para la que no– y así colectivizar la consciencia y la conciencia de modo que emerjan los debates sobre las cosas importantes que acontecen alrededor del trabajo social? Sería algo así como recuperar las relaciones humanas, la dimensión colectiva y comunitaria del trabajo social, que han sido víctimas deliberadas en estas últimas décadas de la racionalidad neoliberal (Ioakimidis, 2021).

No estamos diciendo nada nuevo con este buen propósito de primeros de año. Poder cuidarnos y dedicar un tiempo personal, colectivo y periódico a los asuntos que tenemos entre manos, suena bastante sensato para

llevar una vida mínimamente coherente y saludable. Aunque seguro habrá quien piense que es la urgencia de la realidad la que establece las prioridades o que los espacios de los que hablamos se dan por supuestos, desde este espacio universitario creemos que ya es imperativo habilitar una agenda que permita pensarnos críticamente en trabajo social. Y, también, ver si somos capaces de elaborar alguna estrategia de resistencia individual y colectiva ante lo que nos rodea e, incluso, asfixia y enferma. Pues ya no es posible estar, hacer o pensar en la intervención social sin profundizar en la complejidad, las tensiones y las diversas interpretaciones del contexto neoliberal y de mercado –donde los servicios sociales, en un sentido amplio, se han convertido en un suculento espacio de negocio–, en los valores ya asentados de la posmodernidad, en las crisis y guerras globales en activo, en la desigualdad social y en la emergencia climática galopante, o sin reconocer que la democracia vive amenazada por un cúmulo creciente de autoritarismos de toda índole. El proceso de precarización, privatización, desprofesionalización y despolitización de la intervención social, que el modelo gerencialista ha puesto sobre la mesa, ya no es algo que sucede sólo en otros mundos, a través de la pantalla cinematográfica o de la literatura anglosajona. Todo ello ya está aquí y está extendiéndose bajo la pretendida neutralidad ideológica para el consenso o bajo el bautismo de la evidencia científica incuestionable.

Nos encontramos, como ocurre en otras profesiones, en medio de una crisis epistemológica (Colina, Desviat, y Pereña, 2021) porque los modelos del trabajo social que se construyeron en el estado de bienestar de la socialdemocracia se han vuelto insuficientes e ineficaces –aunque, en parte, siempre lo fueron por tener que operar en un sistema germinado con muchos pendientes y entre los envites de las sucesivas y diversas crisis–. A su vez, “el sinsentido, el absurdo, la disonancia son difíciles de vivir, de ahí que los humanos intentemos salir de ellos y lo hagamos con trágica frecuencia, de forma precipitada, como el náufrago que se aferra a un salvavidas sin pensar en quién se lo ha lanzado” (Marina, 2022, p. 12). Por tanto, además de aligerar la agenda, quién sabe si haya que inventar nuevas señales de SOS para que, en lugar de agarrarnos a cualquier salvavidas, acudan más náufragos de lo social para juntos encontrar nuevas formas de volver a una vida más consciente y en conciencia con el bien común.

Bibliografía

- Colina, F., Desviat, M. y Pereña, F. (2021). *La razón de la sinrazón. Capitalismo, subjetividad, violencia*. Ed. Enclave.
- González Serrano, C. J. (2022). Recuperar el tiempo de la vida. *Ethic* <https://ethic.es/2022/10/recuperar-el-tiempo-de-la-vida/>
- Ioakimidis, V. (2021). Trabajo social en el contexto neoliberal global: solidaridad y resistencia desde una perspectiva radical. *Propuestas Críticas en Trabajo Social - Critical Proposals in Social Work* 1(1), 28-42.
- Marina, J. A. (2022). *El deseo interminable. Las claves emocionales de la historia*, Ed. Ariel.